Cancionero de Sagres, un libro insólito

Alfonso O'Shanahan

Estuvo por aquí hace un mes (¿o quizá más?) y compartió sus días entre varias islas, y en seguida se hizo amigo de todos. Él vino a Canarias por alguien que lleva su mismo pabellón de la amistad: Carlos Pinto Grote. A su regreso, desde su Paseo de Papalaguinda, León, escribe sus recuerdos de esta estancia. Y con Antonio Pereira nos vino también un poeta de tierras de Castilla, de las todavía tierras de Castilla y León, Zamora y el Bierzo. Nos trajo el aire todavía vivo del Mester de Clerecía. Y la amistad es un intercambio de libros. Antonio Pereira me envía desde su Paseo de Papalaguinda su libro de versos "Cancionero de Sagres" (todavía estoy esperando los anteriores que me prometió), un libro insólito para la poesía de estos días. ¿Qué pasa con Antonio que trae en sus versos el aliento y la sobriedad de sus tierras? ¿Dónde ha escondido a ese hombre crítico, a ese hombre amargo que todos llevamos dentro? Sí, libro insólito su "Cancionero de Sagres", con una sana alegría, con un aire joven que recoge la tradición de la emoción contenida de la más pura poesía castellana, de cuando Castilla era un inmenso terreno de batalla, antes de que las glebas se fueran amontonando en torno a los campamentos y avanzadas militares. Y tiene también ese aire pícaro, a lo Berceo, a lo Arcipreste de Hita, sobrio y juvenil, alegre y curioso. El verso de Antonio Pereira se bebe como el vino de viejos odres que reposa en oscuras bodegas durante siglos enteros. Parece como si él recogiera toda la tradición que emana de tantos siglos de historia y la trajera nuevamente, sin ninguna concesión hacia lo novedoso, sin respiro alguno hacia lo frívolo, sin permitirse liviandad alguna. Es un verso afectuoso. Amigo, tierno, infantil que él resuelve preferentemente en romance y con un acabado que recuerda al escrupuloso hacer de los viejos artesanos castellanos. La escritura de Antonio Pereira tiene también la simpleza (que no simplonería) de lo espontáneamente cordial, lo que nos trae nuevamente el espíritu que caracteriza tantas empresas de la mismísima caballería errante de los páramos castellanos, donde el mero hecho de encontrar una figura humana era motivo de alegría. Así, esa manera rápida de acortar las distancias entre los hombres, ese rápido contacto, necesario para satisfacer una sed de amistad y vomitar los malos tragos que nos repara la soledad, la desesperación, esa jovialidad de la mano por encima del hombro es el más claro exponente y testimonio de la gran sinceridad de su poesía, de ahí que no le falte a veces una chispa de ironía. Con la ironía resolvemos nosotros siempre el temor de no

entendernos, de no comunicarnos, y así, cuando algo se da por sobreentendido el acercamiento es más rápido, la comunicación es más pronta y el poco tiempo que se tiene para conversa, la necesidad de la brevedad del encuentro, se aprovecha al máximo. No se trata pues de un planteamiento esquemático que es preciso descubrir, es, lisa y llanamente, la reflexión en el verso del carácter de una raza a la que Antonio Pereira representa por derecho adquirido tras su profesión de espontaneidad, de sinceridad que están ahí reflejadas en su poesía, sin ningún tipo de abalorio. De ahí que digamos que "Cancionero de Sagres" nos parezca un libro insólito. Insólito, efectivamente, porque Pereira es, hoy, muchos siglos después, un prototipo de la raza castellana, que marcó su huella indeleble en la historia española. Se nos antoja como recién salido de su armadura, como aun vibrando las cuerdas de su arco cazador y guerrero, paseando bajo los contrafuertes de una Iglesia románica, y escribiendo esa poesía deliciosa, encantadora, como la que leemos en "Cancionero de Sagres", libro en el que el autor nos cuenta sus caminatas por tierras de Portugal, curiosón y asustadizo, tal su impresión de nuestro Jueves Carnal del que ha dejado una exquisita descripción en su columna de los viernes, "Oficio de mirar", en el periódico barcelonés "La Vanguardia". Y es que es muy difícil hoy hallar esa espontaneidad que alabamos en Antonio Pereira. Para el canario, que desconfía por el izquierdo lo que está viendo por el ojo derecho, para el que esto escribe, el descubrimiento de la persona y la poesía de Antonio Pereira ha sido un hallazgo insospechado porque se ha topado de frente, y casi sin pensado, con un hombre salido bajo los adobes de un humilde pueblo castellano, ·es decir, con un hombre-pueblo, eminentemente representativo de lo que es la esencia popular: la franqueza y la prontedad de sus sentimientos y de todos sus actos que sellan el quehacer más genuinamene expresivo del alma del pueblo: la poesía. Es decir, tras los ver sos de Antonio Pereirano vemos a ninguna casta, ni las contradicciones dramáticas del intelectual burgués que quiere esta con el pueblo pero sin renunciar a sus privilegios de clase, no hay tampoco esfuerzo simulado porque este acercamiento se produzca. La convivencia de Antonio Pereira con sus gentes, su tono coloquial, se producen en él porque él es buena gente, que diría el criollo, porque él es pueblo mismamente. Vean si no con qué facilidad le nace, y con qué estilo firme y decidido, que se ha hecho oficio a fuerza de limpieza de su fuente poética, de su manantial de alta bondad y comprensión, en una composición como esta, titulada "Campo Maior":

Me dicen que a dos pasos de la reja

sor Jesusa descansa para siempre.

Dentro de la clausura ningún sitio

hay más cerca del pueblo.

Vino de España un día,

No acabó de llegar y ya se puso

a hacer el mismo caldo a los pobres

, a medias el milagro y la alegría,

quizá un poco más suelto, el caldo verde.

Más de cincuenta años Sor Jesusa

allí y aquí, más de cincuenta años,

y sin quitarse los pobres de encima.

Y así, encontraríamos muchos poemas de esta extraordinaria sencillez y limpieza en "Cancionero de Sagres ", como pueden ser 'Carta a González Alegre", "¿Oporto, Sir?", 'To let", "Fado de la limpiadora", etc.

Lo sorprendente de la poesía de Antonio Pereira es que está concebida con una intención mínima, a veces inexistente, y logra esa perfecta comunicación; y ahora pienso que si a la sencillez se le hubiera juntado una nueva conciencia dramática geográficamente más amplia hoy tendríamos a un poeta de la envergadura del mismo Bertold Brecht. En este caso la diferencia es fácilmente diferenciable desde el plano biográfico puesto que Brecht era más intelectual que poeta y Antonio Pereira es más pueblo, con el lastre de un drama de siglos, que intelectual. Ahí la razón de su "Cancionero de Sagres", que contiene un poema de gran antología, "Carta a González Alegre", -que recomendamos especialmente- y del que transcribo sólo su primer párrafo:

Ramón, te debo carta. Sobre todo

cada vez que envejezco junto a un río.

Miro pasar el agua, y es tu rastro

de yedra lo que miro.